

Iván S. Turguénev
En vísperas



Dos jóvenes amigos, un escultor con talento pero algo tarabana y un recién licenciado en Filosofía, están enamorados de Yelena Nikoláievna Stájova, un «alma sensible», noble, amante de la naturaleza y de los que sufren. Yelena encuentra frívolo a uno de ellos, y cada vez más interesante al otro, pero entonces se cruza en su camino un tercero — otro joven, comprometido en la liberación de Bulgaria del Imperio turco— y queda impresionada por su determinación y sus convicciones: «es auténtico, ardiente, es un ideal vivo». Mientras tanto, sus padres preparan su boda con un alto funcionario... Alrededor de Yelena y sus cuatro admiradores, Turguénev recreó en *En vísperas* (1860), su tercera novela, un enfrentamiento generacional que los críticos de la época vieron como una alegoría de la Rusia que estaba por llegar (de ahí el título de la obra), encarnada no precisamente en un hombre sino en una mujer. Su heroína, rebelde a la obediencia, capaz de decidir y de actuar hasta límites extremos, fue muy polémica e instauró un modelo hasta entonces ajeno no solo a la literatura rusa sino a la europea en general.

Nota al texto

Después del enorme éxito de *Nido de nobles*, Iván Turguénev se puso a trabajar en su tercera novela, *En vísperas*, que salió publicada en 1860 en la revista *El mensajero ruso* (*Russki véstnik*). Lo cierto es que esta novela tuvo una acogida mucho más fría que la anterior, pero, según el autor ruso, ninguna otra obra suya suscitó tantos artículos en las revistas del momento. Entre otras cosas, esto se debió a su protagonista, Yelena, que, lejos de ser un personaje femenino pasivo, desafía a la sociedad y se salta todas sus convenciones. Hubo críticos que vieron en Yelena una metáfora de la Rusia que estaba por llegar —de ahí el título de la novela—, una encarnación de los cambios político-sociales que se avecinaban en el país. En este sentido, el crítico ruso Nikolái Dobroliúbov escribió un célebre artículo titulado «¿Cuándo llegará el auténtico día?» (1860) en el que defendía esta tesis; creía que era necesario que en Rusia surgieran personas como Yelena e Insárov, que son capaces de sacrificar su propio bien por el bien común del país. No obstante, Turguénev discrepaba de esta lectura política de su novela.

La historia de cómo se originó *En vísperas* es de lo más interesante, y el propio Turguénev la relata con detalle en su *Prólogo a la edición completa de novelas* (1880), del que reproducimos algunos fragmentos (advertimos al lector de que aquí se van a desvelar aspectos importantes de la trama):

Pasé casi todo el año 1855 (así como los tres anteriores) sin salir apenas de mi hacienda, en el distrito de Mtsensk (provincia de Oriol). De todos mis vecinos, el que me resultaba más próximo era un tal Vasili Karatéiev, un joven terrateniente de veinticinco años. Karatéiev era un romántico y un entusiasta, gran amante de la literatura y de la música, dotado además de un peculiar humor; era enamorado, impresionable y directo. Había estudiado en la Universidad de Moscú y vivía en la hacienda de su padre, en la que cada tres años le invadía una angustia que rayaba en la locura. [...] No era del agrado de los demás vecinos por su libertad de pensamiento y por su lengua mordaz; además, temían presentarle a sus hijas y mujeres, ya que tenía fama —en realidad totalmente inmerecida— de faldero peligroso. Me visitaba a menudo, y estas visitas constituían casi mi única distracción y motivo de placer, en una época no demasiado alegre para mí. Cuando estalló la guerra de Crimea [...] fue reclutado como oficial. Al enterarse de su destino, Karatéiev me vino a ver, y me quedé pasmado por su aspecto apesadumbrado e inquieto. Sus primeras palabras fueron: «No regresaré, no lo soportaré; voy a morir allí». [...] Después de un paseo bastante largo por mi jardín, de pronto se volvió hacia mí con las siguientes palabras: «Quiero pedirle algo. Ya sabe que viví unos años en Moscú, pero lo que no sabe es que allí me ocurrió una historia que quise contársela a los demás y a mí mismo. Intenté hacerlo, pero tuve que aceptar que carezco totalmente de talento literario; todo concluyó en que escribí este cuadernito, que ahora pongo en sus manos». Tras decir esto se sacó del bolsillo un pequeño cuaderno de unas quince páginas. «Como, a pesar de todas sus amistosas palabras de consuelo —continuó—, estoy convencido de que no voy a regresar de Crimea, le ruego que me haga el favor de coger estos esbozos y de hacer algo con ellos: ¡que no desaparezcan sin dejar huella, como va a suceder conmigo!». Intenté persuadirle pero, al ver que mi negativa lo entristecía, le di mi pa-

labra de cumplir su voluntad y, aquella misma noche, después de que se hubiera marchado, hojeé el cuaderno que me había entregado. Y lo que había escrito con trazos veloces fue lo que después se convertiría en el argumento de *En vísperas*. Por otro lado, aquel relato estaba sin concluir y se interrumpía de forma abrupta: durante sus años en Moscú, Karatéiev se había enamorado de una muchacha y su amor fue correspondido; sin embargo, ella conoció a un búlgaro llamado Kartámov (un hombre que, como supe más tarde, fue muy famoso en su país y que incluso aún ahora es recordado), se enamoró de él y se marcharon juntos a Bulgaria, donde él pronto moriría. Esta historia de amor estaba escrita con sinceridad, pero torpemente; es cierto que Karatéiev no había nacido para ser escritor. Sin embargo, había una escena, en concreto la excursión a Tsarítsyno, que estaba escrita con bastante viveza, y en mi novela he conservado sus rasgos principales. [...] La figura de Yelena, la protagonista principal —que en aquel entonces aún era un prototipo nuevo en la sociedad rusa—, se dibujaba en mi imaginación con bastante claridad; pero me faltaba un héroe, un personaje al que Yelena —con sus ansias aún vagas pero intensas de libertad— pudiera entregarse. Y cuando leí el cuaderno de Karatéiev, exclamé sin querer: «¡Aquí está el héroe que buscaba!». En aquel tiempo, entre los rusos no había aún personas así. Cuando al día siguiente vi a Karatéiev, no solo le repetí que cumpliría su petición, sino que también le di las gracias por sacarme de un apuro, por dar un rayo de luz a mis hasta entonces aún oscuros planes y fantasías. Karatéiev se alegró y, después de decirme una vez más: «No deje que todo esto muera», partió hacia Crimea. Para mi profunda consternación, nunca regresó de allí: su presentimiento se cumplió y murió de tifus [...]. Sin embargo, aplacé mi promesa y me puse a escribir *Rudin*; al terminarla me puse a trabajar en *Nido de nobles*, y no fue hasta el invierno de 1858 a 1859, al encontrarme de nuevo en la misma aldea y en el mismo

ambiente en el que había conocido a Karatéiev, cuando sentí que aquellas impresiones adormecidas comenzaban a agitarse. Busqué su cuaderno, lo releí, y las imágenes que habían retrocedido a un segundo plano se situaron de nuevo en el primero y, sin demora, cogí una pluma. Algunos de mis conocidos supieron ya entonces todo lo que acabo de relatar, pero ahora, con la edición definitiva de mis novelas, considero un deber compartirlo con el público y así rendir un tributo, aunque sea tardío, a la memoria de mi pobre y joven amigo. Y así fue como un búlgaro se convirtió en el protagonista de mi novela. Pero los señores críticos me reprocharon unánimemente la afectación y la falta de vida de este personaje; a la vez, se sorprendieron de mi extraño capricho de escoger justamente a un búlgaro y se preguntaron: «¿Por qué? ¿A santo de qué? ¿Qué sentido tiene?». [...] Sin embargo, en aquel entonces no consideré necesario dar ninguna explicación más.

Turguénev confesó que dio vida a su amigo Karatéiev en la novela, y, por cuanto podemos juzgar, si bien Bersénev reúne algunos de sus rasgos, a quien más se asemeja es a Shubin: tiene un sentido del humor muy mordaz, es entusiasta, enamorado y seductor. El comportamiento de Yelena escandalizó a gran parte de la alta sociedad rusa, que la vio como una mujer inmoral, que quebranta las reglas del decoro y del pudor femenino, y hubo quien incluso la llamó «Don Quijote con faldas».

Dejando a un lado las motivaciones político-sociales que la crítica del momento pudiera ver en *En vísperas*, lo cierto es que nos encontramos ante la novela más melodramática —y quizá la más entretenida— del escritor ruso. Si bien Dobroliúbov consideraba que la obra de Turguénev formaría parte de la gran literatura rusa porque reflejaba la situación política del momento, hoy esta faceta resulta algo caduca, y lo que en realidad más apreciamos es lo universal

que hay en ella —el amor, la angustia existencial, el miedo al paso del tiempo y la muerte—, que convierte al autor ruso en uno de esos escritores de referencia al que podemos volver una y otra vez.

Esta traducción se ha realizado a partir de las *Obras completas en treinta volúmenes* de Iván Serguéievich Turguénev (editorial Nauka, Moscú, 1981).

JOAQUÍN FERNÁNDEZ-VALDÉS ROIG-GIRONELLA

I

En uno de los días más calurosos del verano de 1853, a la sombra de un alto tilo a orillas del río Moskvá, no lejos de Kúntsovo^[1], dos jóvenes estaban tumbados sobre la hierba. El primero aparentaba unos veintitrés años; era alto, muy moreno, tenía la nariz afilada y un poco torcida, la frente alta y unos labios anchos en los que se dibujaba una sonrisa discreta. Tumbado boca arriba, miraba pensativamente a lo lejos, entornando ligeramente sus pequeños ojos grises; el segundo, boca abajo, con su cabeza de pelo rubio y rizado apoyada en ambas manos, miraba también a lo lejos. Era tres años mayor que su compañero, pero parecía mucho más joven; apenas le había salido el bigote y en la barbilla se le arremolinaba una suave pelusilla. Había cierta gracia infantil, cierta elegancia atractiva en los rasgos menudos de su rostro fresco y redondo, en sus ojos dulces y castaños, en sus labios bonitos y protuberantes, en sus manos blancas. Todo en él desprendía la feliz alegría de la salud y de la juventud: la despreocupación, confianza en uno mismo, el capricho y encanto propios de la juventud. Movía los ojos, sonreía y apoyaba la cabeza como los niños que saben que se les está mirando con embeleso. Llevaba un abrigo ancho y blanco parecido a una blusa; un pañuelo azul celeste envolvía su cuello fino y un sombrero arrugado de paja descansaba junto a él sobre la hierba.

Comparado con él su compañero parecía un viejo, y nadie habría pensado, al ver su figura angulosa, que también estaba disfrutando y que se sentía a gusto. Estaba tumbado con torpeza; su cabeza grande, con la parte de arriba

ancha y la de abajo afilada, estaba torpemente colocada sobre su largo cuello; la torpeza se reflejaba también en la posición de sus manos, en su tronco ceñido por una levita corta y negra, en sus piernas largas con las rodillas levantadas, igual que las patas traseras de una libélula. Con todo, no se podía dejar de reconocer en él a un hombre bien educado; el sello de «decencia» se percibía en todo su torpe ser, y su rostro, feo e incluso algo ridículo, reflejaba la costumbre de reflexionar y también la bondad. Se llamaba Andréi Petróvich Bersénev; su compañero, el joven rubio, se llamaba Pável Yákovlevich Shubin.

—¿Por qué no te tumbas boca abajo como yo? —empezó Shubin—. Así se está mucho mejor. Sobre todo cuando levantas las piernas y golpeas un tacón con otro: así. Tienes la hierba debajo de la nariz, y, cuando te hartas de quedarte embobado con el paisaje, puedes mirar cómo se encarama algún bichito panzudo por un tallo de hierba o cómo se ajetea una hormiga. De verdad, así estarás mejor. Es que has adoptado una pose como pseudoclásica, idéntica a la de una bailarina de *ballet* cuando apoya los codos en un peñasco de cartón. Recuerda que ahora tienes pleno derecho a descansar. ¡Has terminado el tercero de tu promoción, no es cosa de broma! ¡Descanse, *sir*, deje de esforzarse y extienda sus extremidades!

Shubin pronunció todo este discurso con voz nasal, de un modo medio perezoso y medio jocoso (los niños mimados hablan así con los amigos de la casa que les traen caramelos), y, sin esperar respuesta, continuó:

—Lo que más me asombra de las hormigas, escarabajos y otros señores insectos es su increíble seriedad; corren arriba y abajo con unas fisonomías tan solemnes, ¡como si su vida significara algo! ¡Habrased visto! El hombre, rey de la creación, ser superior, los contempla, pero ellos ni caso. Encima, puede ser que venga un mosquito, se pose en la nariz del rey creador y lo utilice como alimento. ¡Qué ofensa! Aunque, por otro lado, ¿en qué es su vida peor que la

nuestra? Y ¿por qué no van a darse humos cuando nosotros nos permitimos hacerlo? ¡Anda, filósofo, resuelve este problema! ¿Qué haces callado? ¿Eh?

—¿Qué? —dijo Bersénev saliendo de su sopor.

—¡Qué! —repitió Shubin—. Tu amigo te expone sus ideas más profundas y tú no le escuchas.

—Estaba admirando las vistas. ¡Mira qué intensamente resplandecen estos campos bajo el sol! —Bersénev ceceaba un poco.

—Un colorido asombroso —dijo Shubin—. En una palabra: ¡la naturaleza!

Bersénev movió la cabeza.

—Tú tendrías que estar aún más maravillado que yo. Porque esto es lo tuyo: eres artista.

—No, señor, no es lo mío —objetó Shubin y se echó el sombrero a la nuca—. Yo soy carnicero, señor. Lo mío es la carne: moldear carne, hombros, piernas, brazos; y aquí no hay forma ni límites, todo está desparramado por todas partes... ¡A ver quién lo atrapa!

—Pero también aquí hay belleza —observó Bersénev—. Por cierto, ¿has acabado tu bajorrelieve?

—¿Cuál?

—El del niño y la cabra.

—¡Al diablo! ¡Al diablo! ¡Al diablo! —exclamó Shubin como cantando—. Me fijé en los auténticos: en los clásicos, los antiguos, y destruí aquel disparate. Tú señalas la naturaleza y me dices: «También aquí hay belleza». Desde luego, en todo hay belleza, hasta en tu nariz, pero no puedes ir detrás de cualquier belleza. Los clásicos no fueron tras ella, fue la belleza la que surgió en sus creaciones. De dónde salió, solo Dios lo sabe: acaso del cielo. A ellos les perteneció el mundo entero; nosotros no podemos abarcar tanto: nuestros brazos son cortos. Echamos el anzuelo en un punto y aguardamos. Si pica: ¡bravo! Y si no...

Shubin sacó la lengua.

—Un momento, un momento —objetó Bersénev—. Esto es una paradoja. Si no sientes la belleza, si no la amas donde sea que la encuentres, no se rendirá a tu arte. Si una vista maravillosa o una música maravillosa no le dice nada a tu alma, quiero decir, que si no las sientes...

—¡Bah, sentidor! —dijo Shubin sin pensar, y él mismo se rió de su palabra recién acuñada—. No, amigo —continuó—, eres una lumbrera, un filósofo, has terminado el tercero de tu promoción en la Universidad de Moscú, contigo da miedo discutir, sobre todo me lo da a mí, que ni he acabado mis estudios. Pero he aquí lo que te voy a decir: dejando a un lado mi arte, solo amo la belleza de las mujeres... de las muchachas, y solo desde hace poco...

Estuvieron unos instantes callados. La tranquilidad del bochorno del mediodía pesaba sobre la tierra resplandeciente y amodorrada.

Shubin se volvió sobre la espalda y colocó una mano detrás de la cabeza.

—Hablando de mujeres —dijo de nuevo—. ¿Por qué nadie le para los pies a Stájov? ¿Le has visto en Moscú?

—No.

—El viejo se ha vuelto completamente loco. Se pasa días enteros en casa de su Avgustina Christiánovna, y aunque se aburre terriblemente, allí se queda. Se miran emboados el uno al otro, de una manera tan estúpida... Da hasta náuseas verlos. ¡Es increíble! Mira la familia con la que Dios ha bendecido a este hombre: pero ¡no, él con su Avgustina Christiánovna! ¡No he visto nada más inmundo que la cara de pato de ella! Hace unos días moldeé su caricatura al estilo de Dantan^[2]. No me salió nada mal. Ya te la enseñaré.

—Y ¿ya avanza el busto de Yelena Nikoláievna? —preguntó Bersénev.

—No, amigo, no avanza. Esa cara puede llegar a desesperarte. Cuando la miras, las líneas son claras, severas, rectas; uno piensa que no será difícil atrapar el parecido. Pero

no es así... Se te escurre entre los dedos como un tesoro. ¿Te has fijado en cómo escucha? No mueve ni una sola facción, lo único que cambia sin cesar es la expresión de su mirada, y por ello cambia toda su fisonomía. ¿Qué puede hacer en este caso un escultor y, además, malo? Es una criatura increíble... una criatura extraña —añadió tras un breve silencio.

—Sí, es una muchacha increíble —repitió Bersénev.

—Y ¡es hija de Nikolái Artémevich Stájov! ¡Después de esto, vete tú a hablar de sangre y de linaje! Y lo gracioso es que ella es claramente su hija, se parece a él y a su madre, Anna Vasílevna. Respeto con todo mi corazón a Anna Vasílevna, es mi benefactora; pero es una gallina. ¿De dónde habrá sacado Yelena esa alma? ¿Quién ha encendido ese fuego? ¡He aquí otro enigma para ti, filósofo!

Pero el «filósofo», como antes, seguía sin responder a Shubin. Si de algo no pecaba Bersénev era de verborrea y, cuando hablaba, se expresaba con torpeza, con titubeos, abriendo los brazos sin necesidad alguna; y en esa ocasión un silencio singular se había apoderado de su alma: un silencio parecido al cansancio y a la tristeza. Hacía poco que se había instalado fuera de la ciudad tras un prolongado y arduo trabajo que le había ocupado muchas horas al día. La inactividad, el deleite y la pureza del aire, la conciencia de haber logrado su meta, la conversación caprichosa y despreocupada con su amigo, la imagen de una atractiva criatura evocada de repente: todas estas impresiones diversas y a la vez semejantes se fundían en su interior en un sentimiento general que le calmaba, agitaba y extenuaba a la vez... Se trataba de un joven muy nervioso.

Debajo del tilo todo era frescor y calma; parecía que las moscas y abejorros que empezaban a revolotear dentro del perímetro de su sombra zumbaran con más suavidad; la hierba menuda y limpia de color esmeralda, sin visos dorados, no ondeaba; los altos tallitos estaban inmóviles, como encantados; y como encantados, como muertos, pendían

los pequeños racimos de flores amarillas en las ramas inferiores del tilo. Con cada respiración una dulce fragancia penetraba en lo más hondo del pecho, pero éste la recibía con placer. A lo lejos, más allá del río, todo fulguraba y brillaba hasta el horizonte; de vez en cuando se alzaba por allí una brisa que quebraba e intensificaba el destello; un vaho radiante flotaba por encima de la tierra. No se oía ningún pájaro: durante las horas de bochorno no cantan; pero los saltamontes chirriaban por todas partes, y, si uno estaba sentado en un lugar fresco y calmado, era agradable escuchar ese sonido cálido de la vida: inducía al sueño, invitaba a las ensoñaciones.

—¿Has observado —de pronto empezó a decir Bersénev acompañando sus palabras con gesticulaciones de las manos— el extraño sentimiento que la naturaleza despierta en nosotros? En ella todo es tan completo, tan claro, quiero decir, tan satisfecho de sí mismo, y nosotros la comprendemos y la admiramos; pero al mismo tiempo por lo menos a mí me genera cierta inquietud, cierta angustia, incluso tristeza. ¿Qué significará? ¿Será que cuando estamos cara a cara delante de ella sentimos con más fuerza nuestra falta de plenitud, nuestra indefinición? O ¿será que la satisfacción de la naturaleza nos resulta insuficiente, que no tiene aquello que necesitamos, quiero decir?

—Hm —replicó Shubin—, te diré, Andréi Petróvich, a qué se debe todo esto. Has descrito las sensaciones de alguien que está solo, que no vive, que se limita a mirar y a quedarse pasmado. ¿Qué es lo que hay que mirar? Vive y todo irá bien. Por mucho que llames a la puerta de la naturaleza, ésta no va a responder con una palabra inteligible, porque es muda. Sonará y vibrará como una cuerda, pero no esperes de ella ninguna canción. Un alma viva sí que te responderá y, sobre todo, el alma de una mujer. Por ello, mi noble amigo, te recomiendo que te hagas con una amiga del corazón, y toda esta sensación de melancolía desaparecerá en el acto. Esto es lo que «necesitamos», como tú di-

ces. Porque esa angustia, esa tristeza no son más que una especie de hambre. Dale a tu estómago alimento de verdad y todo se arreglará de inmediato. Ocupa tu lugar en el espacio, sé cuerpo, amigo mío. Y, después de todo, ¿qué es la naturaleza? Escúchalo tú mismo: «amor»... ¡qué palabra tan ardiente! «Naturaleza»... ¡qué fría y escolástica! De modo que ¡A la salud de Maria Petrovna!^[3] —cantó Shubin—. O no —añadió—, de Maria Petrovna no, pero ¡qué más da! *Vous me comprenez*.

Bersénev se incorporó y apoyó la barbilla en las manos entrelazadas.

—¿Por qué te burlas? —preguntó sin mirar a su compañero—. ¿Por qué te mofas? Sí, tienes razón: el amor es una palabra grande, un sentimiento grande... Pero ¿de qué tipo de amor estás hablando?

Shubin también se incorporó.

—¿De qué tipo de amor? De cualquiera, con tal de que sea amor. Te confieso que para mí no hay distintas clases de amor. Si has amado...

—Con toda mi alma —terció Bersénev.

—Bueno sí, naturalmente, el alma no es una manzana: no la puedes seccionar. Si has amado, tienes razón. No pretendía burlarme. En este momento siento tanta ternura en el corazón, lo tengo tan ablandado... Solo quería explicar por qué crees que la naturaleza tiene ese efecto en nosotros. Pues porque despierta en nosotros la necesidad de amar y es incapaz de satisfacer eso. Nos empuja suavemente hacia los brazos de otros, llenos de vida, pero nosotros no lo comprendemos y esperamos algo de la naturaleza. Ah, Andréi, Andréi, este sol es maravilloso, este cielo, y todo, todo lo que nos rodea es maravilloso, y tú estás triste; pero, si en este instante tuvieras en tu mano la mano de una mujer amada, si esa mano y esa mujer entera fueran tuyas, si lo vieras todo con *sus* ojos, si no sintieras con tu sentimiento solitario, sino con el *suyo*, entonces la naturaleza no te causaría tristeza ni angustia, Andréi, y no te quedarías

contemplando sus bellezas; ¡sería la naturaleza misma la que se alegraría y cantaría, la que haría eco de tu himno, porque tú le habrías dado lengua a su mudez!

Shubin se levantó de un salto y se paseó arriba y abajo dos veces; Bersénev agachó la cabeza y su rostro se cubrió de un ligero rubor.

—No estoy totalmente de acuerdo contigo —empezó a decir éste—, la naturaleza no siempre hace alusión al... amor. —Tardó en pronunciar esta palabra—. También nos amenaza; nos recuerda los misterios terribles... sí, e indecifrables. ¿No es ella la que nos va a devorar? ¿No nos está devorando sin cesar? En ella está la vida y la muerte, y la muerte habla tan fuerte como la vida.

—También en el amor encontramos la vida y la muerte —le interrumpió Shubin.

—Y después —continuó Bersénev—, cuando estoy en un bosque en primavera, por ejemplo, en la espesura verde, cuando me parece oír los románticos sonidos del cuerno de Oberón —Bersénev se sintió un poco incómodo cuando pronunció estas palabras—, acaso también esto sea...

—¡Sed de amor, de felicidad, y nada más! —terció Shubin—. También yo conozco esos sonidos, esa sensación de ternura y esperanza que te llena el alma cuando estás bajo el cobijo de un bosque, en sus entrañas; o al atardecer, cuando el sol se pone en los campos abiertos y se eleva la bruma del río tras los arbustos. Pero ¡yo quiero y exijo la felicidad al bosque, a la tierra, al cielo, a cualquier nubecilla y brizna de hierba, en todo siento su proximidad y oigo su llamada! «¡Mi dios es radiante y alegre!». Así es como iba a empezar yo una poesía; reconócelo: el primer verso es espléndido, pero fui incapaz de dar con el segundo. ¡Felicidad! ¡Felicidad! Mientras nuestra vida no haya acabado, mientras tengamos pleno dominio de nuestros miembros, mientras vayamos cuesta arriba y no cuesta abajo. ¡Diantre! —continuó Shubin en un súbito arranque—. Somos jóve-